

“á reservar sus gracias espirituales para aquellos que sean dignos de obtenerlas.”¹

IV.

Las perlas, como las piedras preciosas, son un ejemplo de la transformación que en el lenguaje simbólico de nuestros libros santos, tienen que sufrir los objetos materiales.

Considerando las perlas en sí mismas, no son mas que un adorno frívolo y mundano, cuyo uso está prohibido por el Apóstol San Pablo á las mujeres cristianas; ² pero si las vemos como símbolo, las perlas se transforman al instante y vienen á ser entonces un aderezo celestial.

En el oficio divino que la Iglesia consagra á una de sus más esclarecidas vírgenes, canta esta bellísima antifona que toma de las mismas palabras de la Santa: “El Señor ha cercado mi garganta y mis manos de piedras preciosas y colgado en mis orejas perlas inestimables.”³

Y estas perlas ¿qué otra cosa significan sino los tesoros de la pureza con los que tanto se complace el Señor adornando con ellos los corazones de las vírgenes?

V.

Me basta que la perla inestimable del Evangelio sea Jesucristo, para que inmediatamente reconozca en ella la divina Eucaristía.

¡Oh perla preciosísima! ¡Oh inestimable Eucaristía! ¡Te he buscado largo tiempo há entre las riquezas de la tierra y entre los tesoros del cielo, y solo te he encontrado en el Tabernáculo Santo, como en el fondo de un Océano de amor! Si el negociante de la parábola todo lo vendió para adquirir esa perla de tan subido precio, fué porque ella sola valia más que todo, y con su posesion nada le faltaba. ¡Oh! ¡y cuánta verdad es esta con relacion á la divina Eucaristía! Si: á ella sola se pueden aplicar estas palabras del Sabio: “Todos los bienes me vinieron juntamente con ella. *“Omnia bona venerunt mihi pariter cum illa.”*”⁴

El precio de esta perla soy yo mismo. Yo me entrego enteramente á Vos, ¡oh Señor! mas ¿quién soy yo para poseer dignamente la perla Eucarística...? Vos no quereis que vuestras perlas sean arrojadas vergonzosamente á los corazones manchados: ellas deben ser engastadas en el oro, en expresion de San Ambrosio. ⁵ Pues purificad mi corazon ¡oh Jesu mio! y hacedlo todo oro, para que así pueda recibir dignamente la perla de la Eucaristía.

1 In hom. XLVIII, super. Mat.

2 1. Timot II, 9.

3 In Ofic. S. Agnetis, 21, Januarii.

4 Sap. VII, 11.

5 Conc. in fest. S. Lucie. V. et. m.

LA SAL.

La sal purifica y sazona.—La divina Sabiduría.—La sal en la boca de los niños.—El Espíritu y la letra de las Santas Escrituras.—La gracia de Dios.—Vos sois la sal de la tierra.—Jesucristo es sal divina.—La sal desabrada.—La sal infatuada.—La estatua de sal.—La sal divina de la Eucaristía.

I.

ADMIRABLE es la virtud con que el Creador ha enriquecido á la sal! Ella tiene el don de purificar y preservar de la corrupcion. Por eso el Señor habia ordenado á su pueblo en la ley antigua y figurativa, que pusiera sal en sus sacrificios, diciéndole: “Todo lo que ofrecieres en sacrificio, lo sazonarás con sal... En todas tus ofrendas ofrecerás sal.”¹

La Iglesia, que es la heredera de las promesas divinas, que ama tanto la pureza y que conoce perfectamente todo lo que le afea y le mancha, continúa empleando la sal en muchas ceremonias de su culto externo. Y acordándose de que el Profeta Eliseo purificó las aguas fétidas derramando en ellas una vasija de sal,² ella tambien, siguiendo su ejemplo, mezcla sal en el agua que va á bendecir.

II.

La sal no solo purifica, sino que tiene la cualidad de dar á nuestros alimentos cierto sabor y tal gusto, que jamás podrian adquirir sin ella. Esas dos propiedades de la sal convienen igualmente á la verdadera sabiduría, que nos aleja siempre del pecado y nos hace amar y gustar de las cosas santas.

Ved aquí uno de los principales motivos en que funda la Iglesia aquella ceremonia que hace por medio de sus sacerdotes cuando administran el bautismo, poniendo una poca de sal en la boca de los infantes, diciéndoles estas palabras: “Recibe la sal de la sabiduría.”³

1 Levit. II, 13.

2 Reg. III, 21.

3 Rit. Rom.

Con efecto, nuestros labios vienen á ser el asiento de la sabiduría: porque ella se produce por los labios del justo, segun aquellas palabras de Salomon: "*Os justi parturiet sapientiam.*"¹ Además, el Apóstol Santiago nos enseña en otra parte, que "la lengua basta para manchar todo el "cuerpo."²

III.

Así como la sal sazona nuestros alimentos, así también la Sabiduría de Dios comunica una virtud oculta á la palabra humana, para que ésta venga á ser el alimento espiritual de nuestras almas.

En tal sentido, podemos comparar justamente la letra de nuestras Santas Escrituras á una vianda insípida y sin gusto; pues solo la inteligencia de las verdades divinas, encierra en sí la sal que la sazona.

Esta es la opinion de San Gregorio exponiendo aquellas palabras del Santo Job:³ "¿Quién puede gustar de una vianda desabrida, que no está "sazonada con sal?"⁴ Antes de la venida de nuestro Mediador—dice este Santo—la Judea no habia comprendido los libros de la ley, sino en un "sentido todo carnal y terreno: y espantada la Gentilidad de la dureza de "los preceptos que se intentaba imponerle, exclamaba por boca de Job: "¿Quién puede gustar de una vianda desabrida que no está sazónada con "la sal?" Pero aparece despues la verdad por esencia, y entonces permite "que se pueda percibir aquel oculto y esquisito sabor contenido en los pre- "ceptos de la antigua Ley. Jesucristo decia á los Judíos: "si teneis fé en "Moisés, creereis en Mí, porque de Mí es de quien él ha escrito."⁵ Y en "otro lugar agrega: Conservad la sal en vosotros. *Habete sal in vobis.*"⁶

Esta misma doctrina nos la explica también San Pablo quien supo derramar la sal de la divina sabiduría en sus inimitables epístolas, y que tanto deseaba que nuestras conversaciones fueran igualmente impregnadas de ella.⁷

¡Oh Dios mio! ¡qué insípidos me parecen los discursos del mundo y los escritos de los hombres que no os conocen! Para mí no tienen sabor. Busco en ellos la sal que debiera sazónarlos, y jamás la encuentro. Por esta razon, solo vuestra divina palabra es el alimento que agrada á mi espíritu y consuela mi corazón.

IV.

La sal no solo significa la sabiduría, sino también la gracia de Dios.

Traigamos á la memoria aquellas palabras con que el Profeta Ezequiel

1 Prov. X, 31.
2 Jacob. III, 6.
3 Mor. VII, 8.
4 Job. VI, 6.
5 Joa. V, 46.
6 Marc. V, 45.
7 Colosse. IV, 6.

echaba en cara sus abominaciones á Jerusalem: "Cuando naciste, no fuiste lavada con el agua de salud el día de tu nacimiento ni purificada con "sal."¹ ¿Cuál debía ser esta agua, sino la del bautismo? y ¿qué otra sal la que debería purificarla, sino la de la gracia? Por eso vemos que la Iglesia emplea la sal como un símbolo de la gracia en las ceremonias del bautismo.

Desgraciada el alma que no ha recibido esta divina sal: no será más que una agua fétida y corrompida que tiene necesidad de ser purificada con la sal del Profeta Eliseo; pues no debemos olvidar que fué preciso que este Profeta derramase una vasija llena de sal para que el Señor pronunciara entonces esta sentencia: "Curé estas aguas mal sanas y jamás habrá en "ellas muerte ni esterilidad."²

V.

Jesucristo, de quien los Profetas no eran sino una figura, ha venido personalmente á traer la sal á la tierra. Pero Él no hizo más que pasar por en medio de nosotros, dejando el encargo á sus Apóstoles de que continuasen desempeñando su mision. San Hilario dice:³ "que los Apóstoles "son los Predicadores de las cosas celestiales, y los que deben arrojar la "sal de la eternidad sobre todas las cosas de este mundo. *Æternitatis velut salutaris.*" Los que deben hacer gustar á los hombres el sabor de la divina palabra; los que tienen que comunicarles una especie de incorruptibilidad para que los cuerpos de aquellos que han sido tocados por la virtud omnipotente de su doctrina, se conserven enteramente para la eternidad. Por esta razon Jesucristo llamaba á sus discípulos: "sal de la tierra" "*Vos estis sal terræ.*"⁴

Esta prerogativa de los Apóstoles pasó á sus legítimos sucesores: así es que ahora los obispos y los sacerdotes son despues de ellos la sal de la tierra. Ya anunciando desde la cátedra cristiana las verdades evangélicas, ó administrando á los fieles los santos sacramentos, ó ya, finalmente, edificando á los pueblos con sus virtudes ejemplares, solo ellos tienen el poder de preservar al mundo de la insipidez y de la corrupcion. ¡Ay de mí! ¡Si nuestro siglo por desgracia no sabe producir más que almas desabridas y corazones manchados, es porque no se ha dejado impregnar de la sal apostólica!

VI.

¿Pero cómo los Apóstoles pudieron haber sido la sal del mundo, si Vos mismo, ¡oh Jesus mio! no hubierais sido la sal por excelencia? Tal es el pensamiento de San Gerónimo.

1 Ezech. XVI, 4.
2 Reg. II, 21.
3 Hilar. can. IV, in Mat.
4 Mat. V, 13.

“Yo me acuerdo—dice este Santo—de haber leído en alguna parte, con respecto al Divino Salvador, que Él era una sal divina que purificaba y sazónaba no solamente lo que está sobre la tierra y en la profundidad de los abismos, sino aún lo que se encuentra en las alturas del cielo: cumpliéndose entónces aquellas palabras que tanta relacion tienen con Él: “Gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad.”¹

Así es en verdad, Señor. Vos teneis una virtud infinita para darle sabor aun á las cosas más desabridas de aquí abajo. Por esta razon, cuando los deberes penosos que tengo que cumplir, pesan sobre mí; cuando el temor ó los sufrimientos me agobian y cuando he perdido el valor y la confianza, me veo tentado de exclamar como Job: “Mi alma se enfada de la vida: *Tædet animam meam, vitæ meæ.*”² Entónces recurro á Ti ¡oh sal divina! y al invocar tu santo Nombre, siento luego que renacen mis fuerzas, que vuelve la serenidad á mi espíritu, y entónces tambien, donde no encontraba más que tristeza y disgusto, hallo luego la calma y la más pura felicidad.

VII.

Al llamar Jesucristo á sus apóstoles, “sal de la tierra,” tiene el cuidado de advertirles que la sal puede disiparse. “Y si pierde su fuerza—les dice—¿cómo podrá entónces salar?”

Esto quiere decir—continúa San Agustin:—“que si vosotros á cuyo cargo está la defensa de los pueblos, perdeis el reino de los cielos por temor de las penas ó males temporales, quiénes serán los que os puedan librar de este error.”³

“Si el Maestro cae en el error—pregunta San Gerónimo—¿quién será el Doctor que pueda corregirle?”⁴ ¡Ay de mí! Jesucristo nos enseña lo que debe hacerse con la sal que se disipa: “Para nada bueno sirve—nos dice—sino para arrojarla al suelo y que sea pisada por los hombres.”⁵ Y en otra parte nos asegura: “Que no es buena ni para la tierra ni para el muladar.”⁶

Esta sal no es buena mas que para desecharla y que sea hollada. Siguiendo la interpretacion de San Hilario, podemos ver ciertamente: “que aquellos que debian ser la sal del mundo, cuando son destituidos de sus officios ó empleos en la Iglesia de Jesucristo, caen en desprecio y son hollados por los transeuntes.”⁷ Y San Agustin agrega: “que no son hollados los que injustamente son perseguidos, sino más bien aquellos á quienes el temor de las persecuciones les hace perder la sabiduría. Ninguno

¹ S. Luc. II, 14.

² Com. in Job, lib. IV, cap. XVI.

³ Aug. de serm. Dom. in Mat. V.

⁴ S. Hier. Can. IV in Mat.

⁵ Mat. V, 14.

⁶ S. Luc. XIV, 35.

⁷ Hilar. op cit.

“es conculcado si no está derribado por tierra; y no lo está en verdad aquel, que aun cuando ha sometido su cuerpo á los malos tratamientos, con su espíritu y su corazon habita sobre los cielos.”¹

“La sal disipada no es útil para la tierra ni para el muladar.” Léjos de servir para abonar la tierra, la esteriliza. Y por lo mismo, nos dice San Gerónimo, “que en las Santas Escrituras se hace mencion de algunas ciudades sobre las cuales estalló de tal manera la indignacion de sus vendedores, que las sembraron de sal á fin de que sus tierras se hicieran infertiles.”² El mismo Santo³ nos explica en igual sentido aquel pasaje del Profeta Ezequiel⁴ donde se nos dice: “que las orillas del mar muerto á quienes nunca riega el rio de la divina gracia, se cambian en salinas y siempre permanecen desprovistas de verdura y de frutos.”⁵

VIII.

Cuando se desvanece la sal se hace insípida, queda desabrida, ó mejor dicho, hablando con la frase evangélica, queda *infatuada, insensata.*⁶

Por consiguiente, podemos asegurar: Que si la sal conserva su virtud, es el emblema de la sabiduría; pero si la pierde, no es más que el simbolo de la insensatez.

Conviniendo San Agustin en esta explicacion, nos enseña: “que la sal *infatuada* nos explica ¡cuán insensatos son aquellos que ávidos de los bienes temporales, ó temiendo la miseria de esta vida, consienten en perder los bienes eternos....”⁷

Esta interpretacion puede desde luego aplicarse al castigo que Dios impuso á la mujer de Lot. Por haber desobedecido imprudente las órdenes del Señor, quedó convertida en estatua de sal. “Monumento eterno de una alma incrédula é insensata”—agrega el autor del sagrado libro de la Sabiduría.⁸

IX.

No solamente á los apóstoles, sino á todos los fieles, ha dirigido Jesucristo estas expresiones: “Vosotros sois la sal de la tierra, y cuando la sal ha perdido su virtud, de nada sirve.”⁹

Meditemos atentamente estas palabras, y procuremos poner en práctica su doctrina. En lo interior de nuestras familias, en el círculo de nuestras

¹ S. Aug. Opu. cit.

² In Jud. IX, 45.

³ Vid. Cat. aurea in cap. V, Mat.

⁴ Cap. XLXVII.

⁵ Com. in Ezech. lib XIV, 47.

⁶ Mat. V, 13.

⁷ Aug. in serm. Dom. Eva. Mat. V.

⁸ Sap. X, 7.

⁹ Mat. V, 13.

